

El
ASNO
de
ORO
APULEYO
Adaptado y editado por
PETER SINGER



Ariel

El
ASNO
de
ORO
APULEYO



Adaptado y editado por
PETER SINGER

Ilustraciones de
ANNA Y VARVARA KENDEL

Traducción del latín de
ELLEN FINKELPEARL

Traducción del inglés de
JULIO HERMOSO

Ariel

Título original: *The Golden Ass*

Primera edición: abril de 2022

© 2021, Peter Singer
© 2022, Julio Hermoso, por la traducción

Publicado por acuerdo con The Robbins Office
Derechos internacionales gestionados por Susanna Lea Associates

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3525-4
Depósito legal: B. 4.808-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Un prefacio muy breve</i>	7
1. Tesalia, tierra de magia.	13
2. El perol donde se cuece el deseo	21
3. Un perfecto borrico	37
4. Por el camino con los ladrones	53
5. La doncella y el asno, juntos en el ajo	73
6. La diosa Fortuna y sus tormentos	83
7. Un trayecto peligroso	109
8. En el molino	121
9. La buena comida y otras delicias.	141
10. La diosa	159
<i>Epílogo</i>	179
<i>El contexto literario y cultural de El asno de oro</i> <i>de Apuleyo</i>	183
<i>La relevancia ética de El asno de oro</i>	197
<i>Agradecimientos</i>	219

1

Tesalia, tierra de magia



Escuchadme, porque mi seductora voz os va a susurrar al oído la historia de mis viajes por Grecia, con alguna pequeña incursión por Egipto. ¿Que quién soy yo? Un griego que vino a Roma y aprendió latín —que fue una tortura—, así que espero me disculpéis si resulto un orador un tanto burdo o incluso si suelto algún rebuzno. Semejante transformación lingüística es muy propia habida cuenta de la metamorfosis de mi cuento. Comenzaré, y prestad atención, porque os vais a entretener.

Iba yo a Tesalia por un asunto de negocios, aunque también con la esperanza de vivir la magia y la brujería por las que tan conocida es esta tierra. De allí es originario mi distinguido linaje por la parte de mi madre, del célebre Plutarco y de su sobrino Sexto, el filósofo. Pasé por montañas escarpadas y verdes valles, fértiles llanuras y tierras de labranza húmedas de rocío a lomos de un caballo blanco de la raza más pura de mi región, e incluso él iba ya bastante agotado a esas alturas, de modo que desmonté de un salto y continué a pie para darme un agradable paseo que me quitara de encima la fatiga de ir sentado. Le sequé el sudor de la frente a mi caballo, se la froté con primor, le acaricié las orejas, le di rienda suelta y lo llevé a una suave loma donde

podiera liberarse de su cansancio con el alimento, natural reconstituyente para el estómago. Así desayunó el animal de aquí para allá, con la cabeza gacha y mordisqueando las praderas en su amblar a mi vera.

Tenía en mi poder una carta de presentación para un tal Milón de Hípata, así que, nada más llegar al primer mesón del camino, me acerqué a una vieja, la posadera, y le pregunté si aquel lugar era Hípata. Asintió la mujer, de manera que le pregunté:

—¿Conoces a un tal Milón, uno de sus ciudadanos más destacados?

La mujer se echó a reír y me dijo:

—Ya lo creo que es uno de los más «destacados», porque vive ahí mismo, ante las puertas de la ciudad.

—Bromas aparte, buena mujer —le dije—, ¿podrías decirme dónde para este hombre y cuál es su casa?

—Allá en la distancia, ¿ves aquellas ventanas que miran hacia la ciudad y, al otro lado, las puertas que dan al callejón cercano? Ahí es donde vive ese Mi-



lón al que buscas, un hombre de sobra acaudalado, más rico que ninguno, si bien famoso por su extrema tacañería y su triste miseria. Te esquilma con los elevados intereses de sus enormes préstamos y te exige oro y plata en depósito, pero vive encerrado en su casa tan precaria, obsesionado con esas monedas suyas que no hacen sino criar herrumbre, y con su esposa por compañía, la mujer que comparte su desdichada existencia. Además, no tiene más ayuda en la casa que una jovencita esclava, y el hombre siempre se pasea vestido como un mendigo.

Ahora me tocaba a mí echarme a reír.

—Mi buen amigo Demeas ya lo previó, no cabe duda, y se aseguró de mi bienestar durante el viaje al ponerme en

contacto con alguien así. ¡No habrá de preocuparme el humo ni el olor de las cocinas!

Y mientras decía yo esto, continué avanzando un poco más hasta llegar ante la entrada de la casa y empecé a llamar con estruendo a la puerta, firmemente apestillada. Por fin salió una muchacha encantadora, que me dijo:

—¡Oye, tú! Sí, tú que llamas a la puerta con tantas fuerzas, ¿con qué condición pretendes recibir un préstamo? ¿O acaso eres el único que no sabe que tan solo aceptamos oro y plata como fianza?

—Pues vaya, menudo comienzo tan poco propicio —le dije—. ¿Y no podrías decirme, sin más, si tu señor está en casa?

—Desde luego —respondió la joven—, pero ¿por qué quieres saberlo?

—Traigo para él una carta de Demeas de Corinto.

—Aguarda aquí mientras voy a anunciarte —me dijo, y desapareció en el interior tras volver a cerrar las puertas a cal y canto. Un instante después, regresó y me abrió la casa, diciendo—: Solicita tu presencia.

Entro y me lo encuentro reclinado en un banco de un tamaño minúsculo y lamentable, a punto de cenar, con su esposa sentada a sus pies. Había una mesa puesta —vacía— hacia la cual me señaló con un gesto, y anunció acto seguido:

—¡Bienvenido, y sírvete!

—Gracias —respondí, y de inmediato le entregué la carta de Demeas.

La leyó al vuelo.

—Qué agradecido estoy a mi amigo Demeas por enviarme a tan distinguido invitado.

Dicho aquello, indicó a su mujer que hiciera sitio y me ordenó que me sentara, pero, al verme vacilar de pura cortesía, me agarró del faldón de la túnica y rugió:

—¡Que te sientes! ¡Aquí! Tememos a los ladrones, así que no nos podemos permitir demasiadas sillas ni mobiliario adecuado, siquiera.

Me senté, pues, y él prosiguió:

—Con tu digno porte y tu excepcional belleza, además de ese pudor tan virginal, me bastaría para aventurar que perteneces a un linaje aristocrático, y no habría errado, pero ya lo afirma aquí mi amigo Demeas en su carta, así que te rogaré que no desdeñes las apreturas de nuestra pequeña techumbre. ¿Ves aquello? Esa habitación contigua te servirá de respetable retiro. Tu estancia con nosotros será agradable, engrandecerás nuestra casa con tu distinción, y si te contentas con nuestra humilde morada, tu disposición redundará en tu buena fama.

Y tras estas palabras, llamó a la joven esclava.

—¡Fotis! Toma el equipaje de nuestro invitado, ponlo a buen recaudo en aquella alcoba y, ya que estás, acércate al almacén y saca aceite para unas friegas, toallas para que se seque y todo lo demás que necesite. Rápido. Y acompaña a mi huésped a los baños más próximos: está cansado de un viaje largo y riguroso.

Al oír aquello me vino a la mente la tacañería de Milón, y quise congraciarme con él todavía más, de modo que lo interrumpí:

—No necesito nada de eso. Siempre viajo con todas esas cosas, y no me costará preguntar por los baños. En realidad, esto es lo que más me importa: Fotis, toma estas monedas y cómprale heno y cebada a mi caballo, que me ha traído hasta aquí con excelente brío.

Cuando todo aquello quedó hecho y mis cosas estuvieron guardadas en mi alcoba, me marché yo solo a los baños.

Después de mi baño, regresé a la casa de Milón y me retiré a mi dormitorio, donde me encontré a Fotis, la sirvienta.

—El anfitrión pregunta por ti —me dijo.

Habiendo sido ya partícipe de la frugalidad de Milón, me excusé con aire cordial y alegué tener la sensación de que las molestias de mis viajes no se habían de calmar co-

miendo, sino durmiendo. No obstante, cuando Milón se enteró de mi negativa, irrumpió él mismo en la alcoba, me agarró de la mano y comenzó a tirar de mí ligeramente. Por mucho que lo demorara y hasta cierto punto me resistiera, él insistía.

—¡No me marcharé hasta que vengas conmigo, por los dioses lo juro!

Y así, obedeciendo a su obstinación y en contra de mi voluntad, me vi arrastrado hasta ese minúsculo banco suyo, donde me hizo sentar.

—¿Cómo le va la vida a nuestro amigo Demeas? ¿Y a su mujer? ¿A sus hijos? ¿Qué me cuentas de sus esclavos?

Respondí a cada una de sus preguntas y, acto seguido, me interrogó muy meticuloso acerca de los motivos de mi viaje. Una vez le hube expuesto todo, largo y tendido, el hombre aún me hacía más preguntas: sobre mi propia ciudad, sus próceres e incluso el gobernador mismo en última instancia, investigando con una intensidad sin par. Por fin me permitió irme a la cama cuando se percató de que yo, somnoliento —tras un viaje tan duro sumado a la tensión adicional de toda aquella serie de relatos—, dejaba ya las frases a medias y farfullaba tartamudeos ininteligibles de puro cansancio. Y así fue como, por lo presente, escapé a la cena de hambruna y la escandalera de aquel viejo rancio y regresé a mi habitación, donde sucumbí al sueño que tanto anhelaba.

